

La vieja me reconoció, tomó un garrote, y si no bajo a tra-
mos la escalera, me deshace las costillas.

En cuanto al perro, llegó a casa oliendo a pachulí; porque
la señora perfumaba a la perrita todos los días.

Se ha dado orden en la casa de que no entren ciegos ni
perrós.

—Pues ya no puedes volver a la casa—dijo Mario.

—Estoy con mucho cuidado; hace ocho días que Rosa ha
desaparecido de la casa.

Los criados, a quienes tengo a sueldo económico, no han
podido indagar nada; hay una reserva de beatos, que me será
imposible sacarles una palabra.

—¿Dónde diablo se la habrán llevado?—dijo Manuel.

—No sospecho nada; pero ella me avisará en cuanto pue-
da. Yo sigo a la señora a todas partes, le tengo espías al co-
chero del Viático, acecho cuanto puedo; pero no atino, estoy
a oscuras.

—Lo peor de todo—dijo Manuel—, es que ya estamos
oyendo el toque de marcha. Puebla nos está llamando.

—Ella sabrá que salimos a la campaña, y acaso con mi
ausencia recobre la libertad y pueda escribirme. ¡Demonio!
Yo estoy enamorado hasta los huesos.

—El día que volvamos—dijo Manuel—, como ha de ser vic-
toriosos, sin más ni más nos casamos.

—Tal es mi deseo—dijo Armando—, porque esa mujer es mi
vida; ya he tenido muchas calaveradas.

—Y piensas hacer la última—dijo «Juan Gallinazo».

—Sí, mi cuerpo está en Cuernavaca, pero ya recibí orden
de acercarse a Puebla; en el campo nos veremos.

Los cuatro nos cuidaremos; llevo además un médico.

—¿Y para qué sirven los médicos?—dijo «Juan Gallinazo».

—Si no me lo llevo para que me cure, sino porque es un
muchacho amigo de colegio, que tiene por mí gran cariño:
Juan Díaz Covarrubias.

—¡Demonio!—exclamó Armando—Lo conozco: es hijo de
un poeta veracruzano, y tiene unas hermanas guapísimas.

—Ya las conozco—dijo Manuel—; pero Eva es la primera
mujer del mundo.

—Pero la Pantoja te va a dejar hecho un Adán.

—No importa, yo la amo.

—Terminó la mesa—dijo «Juan Gallinazo»—. Mario y yo
tenemos un asunto de urgencia.

Llamaron a la puerta.

—¡Adentro!—gritó Manuel.

Se presentó un criado y dió una carta al estudiante.

La abrió violentamente y palideció.

—Toma—dijo al criado, y le dió una moneda.

—¿No hay respuesta?

Manuel sacó una tarjeta, escribió dos palabras y la entregó
al criado.

—Armando, pasearemos toda la noche y al oscurecer te
marcharás por donde te diere la gana.

—¡Listo!

Los amigos se separaron para volverse a reunir en el cuar-
tel de rifleros.

CAPITULO VII

ADIOSES Y TERNEZAS

I

La esposa del señor de Rentería estaba en una visita de con-
fianza, en una de las casas más preciosas de Tacubaya.

La señora Pantoja había comido y bebido fuerte, se recostó
en un confidente a dormir la siesta.

Eva salió con las jóvenes amigas al jardín.

Serían las tres de la tarde.

El sol apenas entraba por las enramadas llenas de campá-
nulas azules y de frescas rosas, que se mecían a las caricias
del viento.

Corría un ambiente de perfume y se oía el ruido del agua
que caía en chorros de cristal, chocando con la superficie lle-
na de espuma, que daba iris a la luz del sol.

Las violetas bordaban los arroyuelos, donde se asomaban,
como en un espejo, las ramas de los fresnos.

Los cenadores con sus persianas verdes, sustentaban en-
redaderas y se vestían con esas pompas graciosas de la pri-
mavera.

El cielo de un azul purísimo se sembraba de nubes blancas
que se convertían en encajes sobre aquel manto espléndido
y bellissimo.

Era la hora de la siesta, en que los párpados se cierran con
esa voluptuosidad que da el calor, interrumpido por los gol-
pes de un aire fresco y lleno de aromas.

La vejez dormita y la juventud se arrulla.

Allá los horizontes lejanos del pasado.

Acá los celajes del presente con todas sus ilusiones.

Las aves que se encuentran en el Océano de la vida.

¡Lo que se va, con todos sus desengaños!

¡Lo que viene, con todas sus esperanzas!

El árbol que se inclina sobre el barranco de la muerte.

El arbusto que se yergue y toca el cielo con su ramaje.

¡El saludo y el adiós que se confunden en un beso eterno,
para bifurcarse en el terreno escabroso de la existencia!

II

—Voy a hacerles una confidencia—decía Eva a sus amigui-
tas.

—Habla, Eva, que ya te escuchamos.

— Pues han de saber ustedes que yo tengo un novio.
 — Yo tengo dos—dijo Eloísa.
 — Y yo tres—dijo Rebeca.
 — ¡Jesús!—exclamó Eva—¡Qué corazones tan grandes!
 — Eloísa mía—dijo Elvira—, queremos decir, dos o tres pretendientes; pero verdaderamente novios, dos: uno Rebeca y otro yo.
 — Muy bien; pues yo..., yo...
 — Habla y no nos desesperes.
 — Pues yo he citado a Manuel y ya está rondando el jardín.
 — ¡Jesús! ¡Qué escándalo!—dijo Rebeca—¡Rondar el jardín, cuando ya debía estar dentro!
 Eva le dió un beso a su amiguita.
 Eloísa tomó la palabra.
 — Pongamos un plan: tu Manuel se cuelga bonitamente por la puerta excusada y nosotras nos apostamos para observar, por supuesto, a tu mamá.
 Allí, en aquel cenador, es el lugar más a propósito para no ser vistas.
 — Buen lugar—dijo Eva.
 — Como que nosotras lo hemos preparado.
 Todas se echaron a reír.
 Aceptado el plan de Rebeca, se pusieron de centinelas las jóvenes, y Eva se dirigió al cenador, donde Eloísa había hecho entrar a Manuel.
 — ¡Eva!—gritó el capitán, y estrechó entre sus brazos a la joven, besándole la cabeza, aquella cabeza tan encantadora. Ella se estrechó al seno de su amante como una paloma que se ampara de la tempestad.
 Tomaron asiento, y con las manos estrechadas y casi confundiendo su aliento, comenzaron a hablar, es decir, a pronunciar palabras incoherentes.
 Manuel veía a aquella mujer con una ternura inmensa, la amaba con delirio, era su existencia.
 — ¿Me amas?—le dijo al fin, aquella niña tan pura y candorosa.
 — ¡Te idolatro!—exclamó Manuel, fijando sus claros ojos en las negras pupilas de Eva.
 — ¿Tendrás valor para soportar por mí todos los infortunios que nos amenazan?
 — Todos, todos; el sacrificio de la existencia, nada es comparado con este solo instante.
 — Pues bien—prosiguió Eva—; estamos al separarnos.
 Manuel se puso pálido, interrogando con su mirada y con su aliento a aquella mujer que era el símbolo de su destino.
 — Yo veo algo extraño en mi casa; los clérigos se secretan, están disponiendo todo, como para un viaje.
 — ¡Te seguiré hasta el fin del mundo!
 — Mi papá nada dice, está muerto de dolor con la ausencia de Carolina.

Manuel guardó silencio.
 — Yo veo—continuó Eva—que una tempestad se cierne sobre nosotros, y tengo miedo de que tu fe desfallezca.
 — ¡Nunca! ¡Nunca!
 — Mira, Manuel, donde yo vaya irá mi amor; tú estás en todo mi ser, no sé si en mi corazón o en mi pensamiento, porque te hablo, platico contigo y te acaricio como ahora, y si supiera que tú me olvidarás, ¡moriría de dolor!
 Dos gruesas lágrimas rodaron por las mejillas de la joven, y Manuel las bebió con ardientísima amorosa.
 — Pues bien; yo también voy a partir; la guerra me llama.
 — ¡No, no, eso nunca!—gritó Eva.
 — Vida mía, mi deber de mexicano, el mismo amor que siento por ti, me obligan a arrostrar esos peligros.
 — ¡Manuel, yo tengo miedo!
 — Nada temas; tu imagen va conmigo y me resguarda y me defiende.
 Yo volveré para ser feliz a tu lado, mi carrera está concluida; esta campaña es de un momento y nuestro es el porvenir; yo te lo juro.
 — ¿Cómo saber de ti?
 — No lo sé; pero si se realiza tu viaje, avísame, y a mi regreso te buscaré, poca es la tierra para ocultarse, yo daré contigo, porque el amor es invencible.
 — Así te quiero; ¡valiente, enamorado!
 — Tú me inspiras, Eva; ¡yo te idolatro!
 En aquel momento se oyó la tos de Eloísa.
 — Me voy—dijo Eva, levantándose, y dió un beso ternísimo en la frente a su amante.
 Manuel estrechó aquella cintura de niña, reclinó la cabeza sobre el corazón palpitante de la joven y loco de amor y de alegría, exclamó:
 — ¡Es mía!
 Luego que Manuel se encontró solo, las lágrimas de la desesperación asomaron a sus pupilas.
 ¡Solo! Solo en la vida, pobre desheredado, sin fortuna, ¿por qué he aspirado a tu amor que está tan lejos?
 ¡Pero hay algo en mí que me levanta!...
 Lucharé con el destino, con ese fantasma armado, implacable y cruel; pero sumiso cuando se le combate... La fe respaldada en mi corazón e ilumina mi cabeza... Ya estoy delante de la vicisitud y del peligro... ¡Valor!

III

El clero había despertado la lucha en el seno social.
 La mujer fanatizada y el hombre a medio fanatizar.
 La mujer fuerte en su entereza, el hombre vacilante con sus creencias de ayer y sus temores.

Largos años de abatimiento, resucitando al soplo de una revolución.

Combatir todo lo que ha imperado desde hace tantos años. Sobreponerse a todas las preocupaciones, despedazar todas las quimeras, romper el ídolo y el altar y pararse sobre las cenizas de una época.

Sentir el olcaje del pasado arrollando el espíritu.

Sentir las sombras invadir el cerebro.

Romper con la costumbre antigua, desligarse de los eslabones de una cadena de cuatro siglos y entrar con planta vacilante todavía, en el camino del progreso.

¡Qué metamorfosis tan tremenda!

¡Dejar el caos, para entrar en la majestad de la creación!

¡Renegar del génesis, para ir a encontrar la forma moderna!

¡Cuántos sacrificios y cuántas abnegaciones!

La virgen arrancada de su amor, ante el anatema de la herejía.

Convertir al hombre en un demonio y en una hidra a la mujer despreocupada.

Maldecir al hijo que ha pasado el abismo y está del otro lado.

Renegar de la hija porque rompe las vendas del fanatismo.

Dejar el campo regado de víctimas para clavar una cruz como sobre un sepulcro.

¡Esto era el combate de aquellos días, que llenaron de lágrimas los hogares y de sollozos el cielo!

Aun existe algo de fuego bajo el caliente rescoldo de aquella época.

IV

Los amigos se dirigieron al Palacio Nacional, a presenciar la solemne apertura del Congreso Constituyente que abrió el 18 de febrero sus grandes debates.

Iba esa Asamblea compuesta de lo más grande y notable de la nación y del partido liberal, a pensar y discutir el Pacto Fundamental de la tierra mexicana.

Día histórico que marcaría una etapa gloriosa.

El pasado se hundiría, como un edificio que se derrumba.

La sociedad vieja se estremecía y los mismos hombres de la revolución temblaban de aquella obra magna que iban a emprender.

Se fundiría en el gran Código toda una época de vacilaciones y de inquietudes.

Al fin, entraba en el cerebro de la nación con el esplendor del rayo, la magnífica idea, el pensamiento sublime de la reconstrucción nacional en el seno de la democracia.

Hasta entonces el país no había sido más que el juguete

de los oleajes de la ambición y de la revuelta, ya iba a ser nación.

Aquella constitución sería un lábaro bajo cuya sombra se unirían todas las ideas dispersas, que como chispas, habían salido del cerebro de los hombres pensadores.

Sería la bandera de una gran causa, imperecedera en la historia.

El Presidente estaba hondamente conmovido y leyó casi a media voz su discurso.

Ponciano Arriaga, por el contrario, con voz firme, en nombre del Congreso, que presidía, dijo en tono enérgico su discurso, como el preámbulo de la Carta Magna.

Las galerías estaban plenas y estallaron en grandes aplausos. La salva de artillería anunció a la nación que estaba instalado el Congreso Constituyente y realizada la primera oferta de la revolución.

¡De aquellos hombres que se agrupaban en aquella gigante asamblea, quedan nueve, todos han muerto!

V

— Me ha dado calofrío esta ceremonia; ¡caracoles!—dijo Juan, al comandante Armando.

— A mí me ha dado gusto ver a los hombres de la revolución, todos tan patriotas y honrados.

— Ya asistiremos a los debates; eso va a ser una batalla.

— No creo que haya oposición.

Y grande—dijo Juan—; allí están los «moderados» que se han de oponer a la reforma.

— Ya nos cansa el estribillo de: «No es tiempo todavía; más tarde.»

— Tienes razón, pero éste es el momento; para esto han venido; para esto los ha llamado el pueblo.

— Cuando se hable de libertad de cultos, se va a armar la de Dios es Cristo.

— Y si no salen todas esas ideas, más valiera no haber hecho la revolución.

— Mucho me temo queden defraudadas todas nuestras esperanzas.

— Tenemos allí mucho empuje, la prueba es el miedo que tienen los clérigos y los reaccionarios.

— La reunión del Congreso, ante el motín de Puebla, es un triunfo.

— Ya lo creo, es seña de que no se pierde la moral.

— Estamos pisando fuego, querido Armando.

— Ya estamos quemándonos—dijo el comandante.

— Como que dentro de dos días estamos sobre el enemigo.

— Le batiremos el cobre.

— Seguro; siempre que este maldito ejército no se pase a las filas contrarias.

— ¡Pero si ya lo hemos tenido enfrente y lo hemos vencido!

— Más valía, pero una defeción nos descompone.

— Es verdad, todo está minado y no sabemos a qué atañernos.

— Este señor Comonfort nos está volviendo locos.

— Ya verás cómo va a ser el enemigo más encarnizado de la constitución; está lleno de parientes en los conventos y tiene dares y tomars con los obispos; éste nos pega una, cuando menos se espere.

Como la conversación de los dos amigos, se hablaba en todas partes.

Conjeturas, suposiciones, pronósticos, todo lo que arroja una situación vacilante.

Los acontecimientos estaban próximos y entonces se disiparían las oscuras nubes de la duda.

VI

El comandante fué a tomar su puesto frente a la casa de Rosa y «Juan Gallinazo» se marchó a jugar una partida de billar.

Mario, con toda la reserva que pudo, se entró en la casa de San Jerónimo.

Caía el crepúsculo de la tarde y la sombra iba invadiendo tenuesmente la ciudad.

Comenzaban a centellear los luceros en el fondo claro del cielo y las nubes se teñían de violado después de despedir al sol, que se había hundido en los celajes rojizos del ocaso.

Se anunciaba una de esas noches de invierno, en que el aire penetra hasta la médula, pero noche espléndida en que se abrillantan las constelaciones y ciñen con un arco de luz todo el planeta.

Carolina estaba triste y llena de esa dulce melancolía que embarga el pensamiento en la hora apasionada de los sueños y de las ilusiones... Pensaba en el porvenir, en esa eterna aspiración de las almas amantes y apasionadas.

En esos horizontes sonrosados que se tienden en el sinfín de la existencia.

El poder terrible del sueño irrealizable.

¡La quimera sublime, la aspiración a lo desconocido!...

Entró Mario, y ella se adelantó a recibirlo.

Mario besó aquella preciosa mano y tomó asiento junto a la joven, que era su pasión.

— ¡Cómo has tardado!—le dijo Carolina, con un acento de queja.

— Quisiera estar siempre a tu lado, no separarme ni un solo instante, porque tú eres mi vida; pero temo que me sigan,

tiemblo ante ese silencio insidioso que guarda tu familia, me parece una amenaza terrible.

— No—dijo Carolina—; no le temas a mi padre, es un corazón generoso, hay que esperarlo todo de esos clérigos que tienen dominada a la familia. ¿Qué hará Eva? ¡Pobre hermana mía, nunca nos habíamos separado!

Carolina rompió a llorar como una chiquilla.

— Ya la verás—le dijo Mario—, cálmate, esta situación no puede prolongarse.

— Pero, ¿qué hacer?

Entonces Mario se arrodilló a los pies de su amante, tomó sus manos y fijando sus ojos en las melancólicas pupilas de aquel cielo azul, le dijo con ternura:

— Carolina, ¿serías capaz de un sacrificio por nuestro amor?

— ¡Habla!

— Tengo miedo; me parece que vas a resistirte.

— No comprendo, explícate.

— Pues bien; mañana sale el ejército para la campaña, tengo que partir.

La mirada de la joven se enturbió.

— Yo no puedo dejarte aquí al cuidado de dos mujeres, eso es imposible; además no sé la suerte que voy a correr.

— ¿Tendrás valor para abandonarme?

— No, mil veces no; desertaré de mis banderas.

— Calla, Mario, eso no lo consentiría nunca, la deshonra me espanta... ¡Te aborrecería!

— Gracias, Carolina; ¡tú eres un ángel!

Mario encontró el momento propicio para sus planes.

— ¿Pero dónde guardarte como la prenda de mi vida?

¿Dónde depositar este tesoro de pureza, de amor y de virtud? ¿A quién confiar el secreto de mis esperanzas y de mi porvenir?... ¡Sólo a Dios!

Carolina comprendió la idea de Mario, y no la repulsó; el convento le parecía un lugar a propósito para esperar.

— Oyeme, Carolina, la hermana de mi madre, es la abadesa de la Concepción, yo le diré nuestro secreto, le abriré mi corazón, es buena y ella nos amparará, el convento será el nido donde el ave esperará la alborada de las esperanzas.

— Acepto—dijo Carolina—; quiero apurar hasta el último extremo el sacrificio. ¡Mario, todo por ti, todo por nuestro amor!

Mario reclinó la cabeza sobre el regazo de la joven y lloró de gratitud.

— ¡Así—dijo—, de rodillas delante de ti! ¡Eres una santa!...

— ¡Te amo!—dijo Carolina, con toda la exaltación de aquel cerebro de fuego.

Nada más peligroso que la noche y el amor.

Solos, en aquel retrete elegante y perfumado, la luz velada, el silencio hasta oírse las palpaciones del corazón, el aliento

abrasando las mejillas y la frente, y el organismo arrojándose en el seno de su destino.

Tocaban al borde de un abismo, cubriendo con flores su espantosidad, cuando se abrió afortunadamente la puerta y entró Juan.

— ¡Me has salvado!—dijo Mario al oído de Juan, dándole un abrazo.

— ¡Bendito Dios!—exclamó la joven.

— Ya sabes—dijo Juan—: mañana por la tarde, estamos sobre el camino.

— Ya lo sé; pero antes tengo que comunicarte nuestro secreto.

— Ya te escucho, hijo mío; alguna locura.

— No; hemos convenido en que Carolina me espere en el convento de la Concepción.

— Bien pensado; allí no hay peligro; haremos de esas viejas una guardia de Napoleón.

— ¿Apruebas nuestra idea?

— ¡Cien veces!—exclamó Juan—Aquí quedaría esta criatura insegura, le faltábamos nosotros y además no estaríamos tranquilos.

— Así lo he comprendido—dijo Carolina—y estoy resuelta. Cesarán mis temores, esperaré porque sé que Mario ha de volver.

— Volverá, Carolina, o lo traeré de una oreja; no faltaba más, sino que se traspapelara; ¡vendrá, yo lo juro!

Carolina le tendió la mano a Juan, que éste besó con respeto.

— ¡Ese hombre tiene un gran corazón, es el mejor de tus amigos, yo lo amo como a un hermano!

— Me va usted a hacer llorar, ¡demonio!, y esto de verter lágrimas un teniente coronel, y suriano por añadidura...

Mario estrechó a su corazón a aquel hombre generoso, bueno y valiente.

— Ahora—dijo Juan—, vámonos al cuartel, y mañana temprano vamos a la abadesa.

— No; esta misma noche; acompáñame.

Mario y «Juan Gallinazo» se dirigieron al convento de la Concepción.

VII

Sor María del Niño Cautivo era una vieja aristócrata, que había legado al convento todos sus bienes, reservando una parte cuantiosa para algún evento.

Era la superiora más distinguida y gobernaba con gran acierto.

El convento era una pequeña ciudad; ocupaba una manzana entera y era grande su población, que la componían las mon-

jas, las niñas educandas, las criadas interiores, las mandaderas, los sacristanes, acólitos, y hasta los mismos clérigos que oficiaban en el templo de la Concepción.

La superiora daba audiencias a los feligreses, resolvía las cuestiones económicas, tomaba cuenta al mayordomo y vigilaba las obras.

Ejercía suma vigilancia en los bienes; aunque por lo regular quedaban muchos en manos de esos mayordomos.

Acababa de rezar el rosario; la comunidad estaba en refectorio, cuando se oyó el toque de una campana.

— ¿A estas horas?—dijo la superiora.

Una criada le entregó una carta.

Se caló los anteojos, y la leyó tres veces.

— ¿Qué pasará? Que entre ese caballero en el locutorio y que espere.

Mi manto—dijo a sus servidoras; se lo puso, y a la luz de las velas que llevaban tres criadas, bajó las escaleras y se entró en el locutorio.

— ¡Tía!—gritó Mario—Gracias por la bondad de usted.

— Siéntate—dijo la abadesa, mirando al soslayo a su sobrino, a quien amaba tiernamente.

¿Qué te pasa?... ¿Alguna calaverada? ¿No es verdad? ¿Qué puede producir esta revolución sino atentados?...

Ya te vi pasar ayer vestido de payaso, al frente de esas malditas turbas de canallas, que traen conturbada a la ciudad.

Mario la dejó hacer explosión.

— Ya me figuraba que estarías entre esos condenados, hijos de la herejía, rapiñeros y truhanes, que todo lo osan, todo lo talan y nada respetan.

— Tía, por la voz de usted, por su semblante y por su actitud, estoy recordando a mi madre... que en paz goce...

— Calla—dijo la abadesa—; más vale que mi hermana haya muerto, antes que verte mezclado a esas fieras... Vamos, ya supongo que quieres dinero; dispón de lo que necesites.

— No, no eso, querida tía.

— ¿Entonces?

— ¡Míreme usted a sus pies!—Mario se arrodilló.

— ¿Qué te pasa, hijo mío?—dijo la abadesa, dejando su tono de regaño, porque aquel niño era su adoración.

— Tía, que yo soy honrado, que he cometido una falta y vengo a repararla.

La abadesa dió un paso atrás.

— No—dijo Mario—; en el fondo no hay más que virtud.

— ¿Hablarás, de una vez?

— Yo amo a una joven, perdone usted si aun no le había hecho esa confidencia, pero el respeto me ha detenido.

— Está bien... La revolución..., sus efectos...

— Pues bien, la otra noche, hubo una escena terrible, en que por cuestiones políticas, la señora madre de la niña, me abofeteó delante de todos en su sala.

—¿Abofetarte a ti, mi sobrino? Esto es inconcebible... ¡Qué atrevimiento!

—Y más sin justicia, tía.

—¿Y qué hiciste?

—Limpiarme la sangre y salir sin hablar una palabra.

—¡Pero esto es indigno, esto es una infamia!

—Pero lo peor de todo—dijo Mario con timidez—es que mi novia exaltada por aquella humillación, dejó la casa y fué en mi busca.

La abadesa plegó el ceño.

—Yo la llevé a una casa honrada y no la he vuelto a ver.

Le escribí que si quería venir al convento mientras yo concluía mi carrera, y como es virtuosa y honrada, me contestó que estaba dispuesta a todo y que vería a usted como a una madre. ¡Es tan linda Carolina!... Ya la verá usted con sus ojos azules, su talle elegante y su exquisita gracia.

—¡Calla, mundano!—gritó la abadesa.

—No, tía; es para hacerla simpática con usted; la va a querer mucho.

—Por librarte de la perdición y a esa alma de las penas eternas, trácela al momento, esta noche misma, para que no haya escándalo; veremos si más tarde profesas y tú te vas al diablo con tus herejes.

Mario, sin que pudiera evitarlo la monja, le tomó las manos y se las besó cien veces y salió en seguida para traer a Carolina.

—¡Pobre hijo mío!—dijo la abadesa—¡Cuánto le amo!

VIII

«Juan Gallinazo», que era listo como una ardilla, corrió a San Jerónimo, arregló la ropa de la joven y se la trajo al convento, en cuya puerta esperaba Mario.

Entró Carolina, sobrecogida de miedo, en el locutorio.

Luego que la abadesa vió aquel rostro de ángel, le tuvo una simpatía profunda.

Abrazó a la joven, que estaba llorando.

—Aquí, aquí—decía la abadesa—, las lágrimas refrescan el corazón; estás en la casa de Dios, yo seré tu madre, nada temas, mi cariño y mi benevolencia están contigo.

Carolina se serenó al oír aquellas palabras.

Sentía una lluvia de consuelo que caía en el fondo de su pecho. Encontraba una familia y un santo cariño; estaba satisfecha.

Volvió su mirada a Mario, como si le dijera: ¡Gracias! ¡Gracias! Me has hecho feliz.

—Ahora tú—dijo la monja dirigiéndose a Mario—no te vuelvas a ocupar de mi hija; márchate de aquí y cuando hayas dejado a esos bandidos, ya sabes que cuentas con mi protección.

Mario, que estaba contentísimo, le tendió la mano a su tía y sintió que le dejaba un cartucho con monedas.

—¡Que el cielo la llene a usted de bendiciones!—exclamó y dejó aquel claustro que guardaba el tesoro de su existencia.

La abadesa alojó regimiento a Carolina, a quien también le simpatizaba.

IX

Cuando la superiora volvió a su celda, tornó a sonar la campana.

—¡Dios mío, qué noche! Esta sí es novedad y grande.

La abadesa recibió una tarjeta.

—Que pasen esos sacerdotes al locutorio—dijo a la Madre Portera.

Volvió a ponerse el manto y bajó al lugar donde la esperaban los clérigos.

—Madre abadesa—dijo uno de ellos—, el señor arzobispo manda esta orden para que recibáis a una joven, a quien tratan de robar esos desalmados de la revolución, el honor de una familia está en peligro, es necesario salvarlo.

La abadesa tomó la orden, le acercaron la vela, y la leyó como acostunbraba, tres veces.

—Cumpliré con la orden de S. S. I.

—Aquí está la joven—dijo el otro clérigo, y presentó a una niña llorosa, que veía con espanto aquel claustro.

No hay que llorar—dijo a la joven—; aquí todo es paz y felicidad; no es esa inquisición que pintan nuestros enemigos, ni con mucho; aquí está la libertad de la virtud; alejad todo temor. Dios reciba en su seno a la juventud, a la belleza y a la bondad.

—Venid conmigo, hija mía.

Los clérigos se despidieron encargando la absoluta reserva y la abadesa se dirigió a la celda llevando de la mano a la joven.

—¡Qué muchachas tan bonitas se me han entrado por la puerta! ¡Vamos!, que tienen razón esos zánganos de andar tras ellas; pero aquí se estrellan contra estos muros.

Ya oiré las historias, que han de ser divertidas... ¡El siglo!... ¡El siglo!

Hija mía—dijo la abadesa—, por esta noche tendréis que alojaros en la misma celda de una niña que hoy ha entrado al convento.

—Como guste usted, señora—respondió la joven.

—Sé que grandes peligros os amenazan. Dios os defienda.

La niña no respondió.

—Vais a conocer—dijo la abadesa—a vuestra compañera.

Entróse en la celda, y dijo a Carolina:

—Me haréis la gracia de recibir esta noche en vuestro apo-

sento, a una niña que acaban de traer; está perseguida por uno de esos beduinos, que ha tratado de robarla; consoladla, porque viene muy afligida; venid a convencerla.

Salió por delante la abadesa, seguida de Carolina.

Luego que las dos jóvenes se vieron, se oyó un grito de sorpresa y de alegría.

—¡Carolina!

—¡Hermana mía!

Se arrojaron llorando en un abrazo estrecho y fraternal.

—¿Qué es esto?—dijo la abadesa.

—¡Somos gemelas!—gritó Eva.

—¡Gemelas!—repitió la abadesa.

—Sí—dijo Carolina—, y viviremos aquí juntas con nuestra madre.

—Cosa más rara—murmuró la monja, y se santiguó.

Las jóvenes quedaron instaladas y la abadesa se despidió dándoles un beso en la frente, que ellas recibieron de rodillas.

X

Ya iba a meterse en la cama la abadesa, cuando se oyó el toque de la campana.

—¡Dios mío!—exclamó—Esta es una noche horrible. ¡Si me traerán otra gemela!...

La Madre Portera entró en la celda.

—Madre abadesa, el señor jefe de los Cocheros del Viático desea hablar urgentemente con V. R.

—¿Se habrá puesto mala alguna mula? Para eso no vendría a estas horas.

¿Qué será, Madre Portera?

—Acaso los «pintos» se hayan robado la estufa del Santísimo Sacramento.

—Callad; y ¿para qué les serviría?

—Para hacer leña y calentarse.

—Puede ser que tengáis razón; abridle al santo cochero.

Volvió a bajar la abadesa al locutorio.

—¿Hay novedad en las mulas?—dijo la monja.

—No, reverenda Madre; en mi casa es donde la hay.

—Explicaos.

—Pues uno de esos iscaríotes se quiere robar a mi hija Rosa; le he sorprendido una carta con la firma de Armando.

—¡Pero es buena!—dijo la abadesa—Estos demonios están desatados. ¿Qué quieren?... Ya sé lo que quieren... ¡Muchachas! Pero esto es espantoso, es una persecución desesperada; mañana penetran en los conventos, y son muy capaces, y hasta nosotras peligramos; ya es necesario cuidarse y cuidarse mucho; ya no está uno seguro ni aquí.

¿Y serán muy atrevidos?

—Son el diablo, Madre abadesa.

—¿Y dónde está Rosa?

—Aquí la traigo.

—Pues adentro con ella, y Dios dirá.

—Gracias, reverenda Madre; tened cuidado; porque esos herejes son capaces de todo.

—De todo, de todo—decía la abadesa.

Me llueven niñas esta noche, es un oleaje de doncellas, necesito mucha vigilancia; como descubran el nido, caen aquí como leopardos.

Vaya, pues, señor cochero del Viático, yo cuidaré a vuestra hija.

—Buenas noches, reverenda Madre.

—Es mucho cuidado para este hombre, las mulas, su esposa y la hija.

Después tomó una vela, y dijo a la Madre Portera:

—Ahora a dormir; si vuelven a tocar, que toquen, no abráis a nadie; se van a escurrir aquí todas las vírgenes de la población; andando, y el Señor sea con todos.

El convento se hundió en un profundo silencio.

Una sombra vagaba en derredor, como queriendo ver al través de los muros feudales; era Marió que se despedía de Carolina y le dejaba un adiós entre las sombras de la noche.

CAPITULO VIII

SOBRE LA MARCHA

I

El general Comonfort, a pesar de su política moderada, temblaba ante la idea de una defección.

Sabía que la tropa santanista le era adversa a pesar de sus protestas y temía que a la hora del combate viniese una catástrofe.

El general Degollado, el hombre que ya comenzaba a ser el alma de la revolución liberal, había sorprendido en Guadalupe una conspiración religiosa, acaudillada por los frailes.

Es cierto que fracasaban estas intenciones, pero el estado de reacción era marcadísimo.

El país entero se oponía a la evolución progresista y el riesgo era inminente.

Era necesario jugar el todo por el todo.

Pero aquella política de contemplación no era la a propósito para la lucha.

Comonfort no estaba contento con los avances a que se había arrojado la revolución, se espantaba de su obra, quería detenerse, pero la corriente lo arrastraba.

Sus ministros eran tímidos, no había un espíritu valeroso que los impulsara, y puestos en una barca, con temor, se entregaban al impulso del viento y de las olas.